

Breve acercamiento a nosotros hoy en día a partir del chicle:  
de lo simple a lo complejo y viceversa

# Tan redondo como la mirada



■ IGNACIO GONZÁLEZ CABELLO

Para Selma Carolina

Si nos detuviéramos un poco a observar lo que consumimos, lo asido en nuestras manos y los deleites gastronómicos en los paladares en lo cotidiano nos arrojaría una de tantas respuestas para acercarnos a conocer parte de la ruta donde transitamos hoy en día y quizá a futuro también. Algo tan común en nuestros tiempos son los dulces y éstos nos proveen de situaciones de entretenimiento, sensaciones de placer y de confort psicológico. En México la vida del chicle ha pasado por varias etapas y es sometido a un termómetro del gusto entre las personas pero sigue circulando entre las bocas a pesar de las competencias de diversas “hibridaciones” de golosinas.

La simplicidad de la forma del chicle es tan agradable y difícil de negar por su fin tan concreto. Si bien acostumbrados ahora a la velocidad, la digestión de ideas y sensaciones tan volátiles y el consumo excesivo de “cosas”,<sup>1</sup> el chicle encierra todo el mundo de nuestra época: el gozo de lo efímero, lo práctico, el encuentro del sabor y la felicidad, el placer hedonista y la hibridación del color y el gusto (a veces sin coherencia). La anatomía circular nos remite explícitamente al término cíclico de la vida, yin yang atómico visual de colores pop, y el centro a la existencia que yace, se reproduce y muere, como en la Tierra, en la boca del hombre. Hablar de la anatomía del chicle es también conocer el eje de las ideas en cada uno de nosotros debido a la dureza y aceleración con que experimentamos cada motivo, sensación, circunstancia, ideología y palabra: la envoltura (todo lo caracterizado en sí) del chicle como representación de alguna parte del ente y la confección circular, el color, el sabor y la textura como el *Dasein*. Pero esta imagen simple en nosotros en torno al chicle no es la determinante de su capacidad a

explotar o mostrar sino la complejidad encerrada en él. En un principio su figura anatómica no era precisamente un círculo y a partir de la venta del concepto redondo en el imaginario colectivo de las personas éste guarda la potencia metafórica de representar muchos objetos e ideas: el hombre es una de ellas.

No sólo se logra percibir una imitación del hombre en el chicle sino también en la mirada: sin cerrarse a la idea de la redondez de la pupila. Hoy en día el peso de la mirada tiene una significación muy primordial y es a partir de ella donde se puede discernir la información (no en la lectura sino en la colorida saturación visual), tejer(se) de manera repetitiva la propaganda de los *mass media*, elegir entre una participación u omisión y sobre todo convencerse de algo por el diseño y la multifuncionalidad (exigida por todos cada vez en los avances de tecnología). Al mirarnos a un espejo (masticar y digerir) encontramos una sustancia irrepetible a diferencia de la masificación del chicle, grave ruptura de nuestra época al (re)producir en grandes cantidades un solo objeto, o la insistente necesidad de ofrecer genéricos.

Tras la imagen circular ya muy delimitada de su estructura como golosina se encuentra una acompañante más: los globitos que emanan del fuerte y gallardo soplo de cada persona o las llamadas “bombitas” que incluso fueron tema de duelo entre nosotros en alguna parte de nuestra vida. A través de estas “bombitas” logramos percibir al final su homogeneidad: lo chicloso, parte muy esencial ya que hace vulnerable uno de los postulados más modernos de la sociedad (de la modernidad a la época en donde estamos anclados): el solipsismo —la atropelladora idea de la exaltación desmedida del *ego*— en cada individuo. La vulnerabilidad recae en que el hombre del siglo XXI refugia todo su ser en el *yo* pero define a éste a partir de la heterogeneidad mientras que el chicle se conforma con ser plural para al final perecer de manera individual. Con

seguridad el chicle y su aspecto pueden ser interpretados como el amor entre una pareja: de la heterogeneidad a la homogeneidad: amar(se), pues se parte del sentir binario a la unificación total. El chicle es también una muñeca rusa (matrioska), además de ser una proyección del hombre y un concepto atractivo de lo cíclico, donde nos percatamos de un centro como objeto y resulta contener otro debajo de la superficie —como en las Tutsi pop— repitiendo esta acción en algunos casos hasta encontrar la nanopartícula del chicle: las ideas, el hombre y los sueños tienen en común esto ya que a cada proceso interviene otro proceso de un proceso que se lleva o llevó a cabo.

Sin embargo, el chicle es carente de una estructura narrativa sostenida ya que sus elementos son más correspondientes a la fugacidad del microrrelato y no al ritmo de un viaje extenso o un compás de 4x4 en la música: la brevedad del sustento en el sabor. Si el chicle es un reflejo de la hibridación de las culturas hoy en día y una repetición secular implícita del teocentrismo y antropocentrismo a su vez, la globalización de éste definirá su existencia como tal: hecho que atañe de igual forma a todos nosotros. El rostro del chicle es una dialéctica en función de su origen y el uso dado ahora pero su anatomía seguirá siendo la masa (cuerpo humano), la proyección interna del estado del ánimo del hombre a través de la elección de determinado color o el carácter según el sabor, lo fragmentario que es su vivir, la sensible y deleitable emoción efímera y la nostalgia que siempre nos dará el tener algo totalmente *vintage* frente a los avances de dulces casi nanotecnológicos.

¡Je mastique un chewing-gum tout de suite, vous voulez?!

<sup>1</sup> Lo que puede decirse “cosa” es una variable y depende de la enunciación del sujeto ya que las cosas son un mundo infinito dentro de otro mundo infinito y éstas apelan a un contexto específico: dicho/no dicho.